

Las aventuras de Dorita

Dorita y el billete de lotería

Compró Dorita un billete de lotería que resultó premiado, pero, no con poco, sino con el premio mayor. El problema vino después, cuando quiso cobrarlo, pues, no lo encontró. Se dedicó a buscarlo por toda la casa y nada. El tiempo pasaba y aunque registró hasta en sitios impensables, como detrás de los cuadros, el billete no apareció, entonces se acordó de San Antonio. Fue a la Iglesia que sabía tenían una imagen suya y le prometió darle parte del premio en obras benéficas, si le ayudaba a encontrar el boleto.

Pasó el tiempo y San Antonio no funcionó, por lo que empezó Dorita a pensar que el billete lo había extraviado por la calle. Esa misma noche tuvo una horrible pesadilla, veía a una persona encontrar su boleto y cobrar los millones, disfrutar de viajes y champaña, risas y ocio. Sudando se despertó y pasó el resto del día mal. Al día siguiente su temor se fue agravando, no podía quitarse de la mente que alguien podía disfrutar del billete que había perdido.

Según fue pasando el tiempo, su temor se convirtió en ansiedad y en vez de pensar que posiblemente el billete estaría ya en alguna cloaca o destruido por mil percances, se afianzaba más y más la idea de que otro podía disfrutar de su premio, así que, ya no pudo aguantar y fue de nuevo a la Iglesia. Una vez allí se dirigió a más altas instancias y le rogó a Dios que nadie pudiera beneficiarse de su billete. Cuando salió, se encontró algo mejor.

Los días siguieron pasando y el final del tiempo para reclamar el premio se acababa, a la par, el talante de Dorita se hacía más alegre al comprobar que nadie iba a reclamar el premio. Pasó el plazo establecido para cobrar y Dorita se sintió tan contenta que llamó a unas amigas para invitarlas a comer en un restaurante. Abrió el armario y se fijó en un traje ideal para la época de primavera en la que estaban, se lo puso, se miró en el espejo, vio que le sentaba muy bien, también se percató que la solapa de uno de los bolsillos estaba mal puesta, metió la mano para sacar la solapa y con qué se encontró.....

Un día en la vida de Dorita

Suena el despertador a las siete y media y Dorita, después de dar un par de vueltas más en la cama, se levanta. Va de manera automática al aseo, de allí, algo más despejada se dirige a la cocina, se prepara el desayuno con productos que anuncian por televisión y vuelve al dormitorio, abre el armario, elige sin ganas un vestido y en un instante se lo pone.

Dorita tiene cuarenta años y está divorciada, tuvo dos hijos, pero ahora están pasando unos días con su *Ex*.

Aunque el Metro lo tiene cerca, no por ello deja de ir en automóvil, aunque luego se pase un buen rato intentando aparcar y además, lejos de la oficina.

En el momento de entrar en el edificio que trabaja, tanto su manera de andar como el tono de su voz, cambian. Dorita no es consciente de ello, pero, ahí está. Como su oficina está en la planta novena, toma el ascensor y se encuentra con una compañera, pero, no se saludan. Dorita no tiene nada contra ella, pero sí el grupo de compañeras que tiene más cerca, así que, no le gustaría que la vieran dirigiéndole la palabra.

Durante la mañana, Dorita comenta alguna cosilla con las compañeras, cosas, como qué voy a preparar para la cena, si los canalones se hacen de esta u otra manera, o si hará mañana buen o mal tiempo. A las diez se marcha a desayunar y como no esta el jefe, se toma tres cuartos de hora para visitar una tienda que está cerca con ropa de moda. De vuelta piensa que le pagan menos de lo que debían y que no saben reconocer su talento.

A la salida cambia unas palabras con su grupo, donde una serie de reglas no escritas fuerzan a sus miembros a ser amables o antipáticos con tal o cual otro compañero.

Al fin encuentra un aparcamiento, pero, como siempre maniobró mal hacia su izquierda termina obstaculizando toda la calle. Dorita piensa que todos son unos egoístas, aunque no cae en que, debido al espacio, podría, si quisiese, dejar que pasaran todos y después continuar con sus maniobras.

En el portal se encuentra con su vecina preferida, está le cuenta lo mal educada que es Genoveva y Dorita asiente. Como el ascensor está estropeado sube con paciencia hasta su piso, en la sexta planta y se encuentra con esa tal Genoveva, a la que mira mal y saluda de peor manera. Dorita no se plantea que recibir malas informaciones de otra persona y creerlas sin más, juzgando y condenando sin escuchar la otra versión, es algo detestable. Tampoco piensa, ni quiere hacerlo, porque el pensar sabe que implica responsabilidad, que todo lo que le contó su vecina contra la otra, carecía de objetividad, todo eran sentimientos y pareceres, o como dirían en un juicio, nada demostrable.

Ya se preparaba Dorita para ir a tomar café con las amigas, costumbre que tenían de hacerlo todos los miércoles por la tarde. Después de ponerse su vestido malva, se acordó de los zapatos comprados en Italia, también del daño que le hacían, no entendía que unos zapatos tan caros fuesen tan duros. Claro que, Dorita no recordaba que el joven guapo que le preguntó por el número de su pie, la forzó a mentir y dar un número menos, luego, todo fue calzador y poner buena cara cuando aquel apuesto joven le colocaba el calzado.

Antes de salir del portal se miró en el gran espejo que había a la entrada, se encontró bien y con aire resulto salió al ruido de la calle. Por el camino se encontró al pobre de siempre, al que ella solía dar algunas moneditas, en esta ocasión ya las llevaba dispuestas en la mano y sin embargo, no se las entregó. Dorita no pensó por qué lo hizo, quiso creer que fue un descuido, cuando lo cierto, es que un instante antes, otro indigente que había por ahí, le llamó Roberto y claro, no es que fuese casual que su *Ex.* también se llamase así.

Cuando entró en la cafetería dos de sus amigas ya estaban sentadas a la mesa, lugar estratégicamente elegido para poder ver y ser vistas. Por supuesto, Dorita es muy humilde y no le gusta exhibirse.

En la otra mesa hay una pareja con la edad aproximada de Dorita, los ve por el espejo que hay de adorno en el local, aunque al hombre no lo distingue por tenerlo a su espalda, pero a ella, la ve claramente, una mujer realmente guapa, con mucho estilo vistiendo y de expresión inteligente. Las amigas encuentran distraída a Dorita, porque está a dos conversaciones. Si alguien le preguntará por qué se interesa, en la pareja que tiene a sus espaldas, lo negaría, de hecho, está prestando atención casi sin darse cuenta, entre lo consciente y lo inconsciente. En realidad Dorita necesita oír, porque una mujer tan estupenda debe tener algún defecto y es precisamente eso lo que espera ver y oír. Pasa el tiempo y Dorita se encuentra mal con sus amigas, sin embargo, todo transcurre como siempre, hablaron de vestidos, de los cuernos que Fulanito o manganita pone a su pareja, del tiempo que hará o hizo el fin de semana, anécdotas y enfermedades. Aunque no llega a comprender de dónde le viene ese repentino mal humor, Dorita está escuchando una conversación a sus espaldas, sobre temas más importantes, está escuchando hablar de filosofía, de psicología, del sentido de la conducta humana y sus creencias espirituales. Esta es la razón de que, ante una señal visual, Dorita salga disparada al aseo y no porque tenga ganas, sino por hacer esperar a esa otra mujer que atrae su atención, a la puerta, ya que el aseo de esa cafetería sólo permite una visita por turno. Todo le fue bien a Dorita, se entretuvo más de la cuenta en el servicio y al salir, allí estaba esa mujer bella e inteligente esperando y sin duda fue un accidente el que ella pisase su pie al marchar.

A solas en su casa, se puso una cena liviana, porque Dorita cenaba poco, tal y como le había aconsejado el doctor, aunque milagrosamente engordaba, claro que, no ponía en su cuenta los tres bollos que dilapidó en la cafetería. Mientras comía, viendo sin ver un programa de televisión, donde la gente muestra sus vulgaridades a todo el mundo, para que los espectadores se sientan superiores a ellos y todos tan contentos, le entró tristeza. Movida por ese impulso llamó a sus hijos, sintiendo miedo y rabia a la vez al ver que tardaban tanto en contestar. Cogió el teléfono la persona con la que deseaba menos hablar, la mujer que le robó a su marido, más joven que ella, pero mucho peor en todo lo demás, al menos así piensa Dorita. Preguntó por Antonio y María sus dos hijos, y ninguno de los dos había llegado aún. Dijo unas cuantas palabras coloquiales y colgó. Mientras se comía una manzana, pensó lo injusta que había sido la vida con ella, era una de esas víctimas de la mala suerte. Todo esto pensaba Dorita, porque pensar que existe algo llamado Ley de la causa y el efecto, no le agradaría. Claro que, cuando le salían las cosas bien, entonces sí piensa que es mérito propio. Apagó el televisor con una mueca de suficiencia y se fue rápidamente a la cama. Poco a poco el sueño le llegó y con él, imágenes, en las que ella misma se veía haciendo buenas cosas por los demás, que en la vida real no hacía por falta de tiempo, por cobardía o por no tener ganas. También se percibía haciendo malas cosas, pero éstas, eran parte de lo absurdo de los sueños. Dorita duerme, duerme y duerme, ¿despertará algún día?.

Dorita la Humilde

¡Silencio!. Dorita está muy atenta escuchando a un profesor de filosofía en la correspondiente facultad. Esto me parece a mí, se debe a la experiencia pasada en la cafetería. De todas formas, Dorita no creo que se entere de mucho, pero, le hace ilusión verse a sí misma allí sentada, con jóvenes universitarios y con su amiga, a la que convenció para no tener que ir sola. Después de una perorata donde el profesor más presumía que enseñaba, Dorita, aunque no captó gran cosa, se percató de la marca de reloj del profesor, del tipo de pantalones que llevaban algunas jovencitas y sobre todo, de la decoración de la sala. Al terminar, vio que algunos estudiantes felicitaban al docente y ella no iba a ser menos, así que, muy humildemente se le acercó, le agasajó y le dijo que, pese a no estar de acuerdo con algunas de sus teorías, en cualquier momento podrían cambiar impresiones.

A la salida, el esfuerzo mental les hizo sentir hambre y como no conocían muy bien el lugar, se fueron alejando más y más hasta llegar a una zona de alto nivel adquisitivo, allí entraron en un restaurante, donde los camareros iban vestidos de negro con pajarita roja. Muy amablemente

dispusieron una mesa para dos y les entregaron la carta con los menús. Dorita y su amiga Brunilda se quedaron atentas a la columna de la derecha, donde figuran los precios, miraron a su alrededor, vieron que había gente y frenaron el impulso de marcharse. Bueno, *un día es un día* dijo Dorita mientras hacía memoria de cuánto dinero llevaba encima. Pidieron lo más económico y fueron dignamente servidas en unos platos enormes que acentuaban su vacío. Dorita lo vio y se excusó frente a Brunilda diciendo que los platos tenían muy buena presentación, a todos ellos les ponían una ramita de perejil. Decidieron no tomar postre, ya que estaban a régimen y con el estómago y la cartera vacías salieron a la calle. Dorita se preguntaba por qué les había dejado diez euros de propina, aunque rápidamente se lo quitó de la cabeza, un día es un día.

Al día siguiente, Dorita que tenía unos días de asueto, marchó a visitar a una tía suya que vivía en el campo. Qué ilusión le hizo empezar a ver árboles y perfiles de montañas, qué bueno era el campo. Dorita aceleró con su flamante BMW usado, cuando otro automovilista intentaba pasarle, no lo hizo conscientemente, era en ella un acto reflejo, si el automóvil que iba detrás era más caro que el suyo, le dejaba pasar, de lo contrario, aceleraba, cómo iba a permitir que alguien habiendo pagado menos letras que ella, tuviera el privilegio de llegar antes. Pero, todo esto, como digo era a nivel inconsciente, ya que Dorita es muy humilde, al menos eso piensa ella de sí misma y no en vano se lo repite a los demás.

Su tía Enriqueta le dio una calurosa bienvenida haciéndole que se pusiera un jersey, porque en el campo, ya se sabe, hace más frío. Dorita se embutió en él y después de las frases coloquiales, continuaron con las mismas, si bien, en otra línea menos seria. Así fue como Dorita se percató que su tía era inteligente, de hecho se sorprendió mucho cuando le hizo ciertas observaciones sobre los pollos y las gallinas, que a Dorita nunca se le hubieran ocurrido. No es que su tía tuviera aves de corral, los pollos y las gallinas eran los adolescentes para ella. Los pollos se pavoneaban, aunque siguieran siendo pollos y las gallinas cacareaban frases inconexas, pero, ¿importaba acaso?. ¡No!, La atracción biológica suplía la deficiencia y de ahí se pasaba a poner huevos, sentarse encima hasta que por náusea saliese ya el pollo o la gallina y vuelta a empezar.

Por la noche, Dorita apenas podía creerse tanto silencio, es como si hubieran hecho un bocadillo con el ruido y el campo se lo hubiera comido. Las maravillas saludables de vivir en la naturaleza.

Al día siguiente se despertó con picores por las piernas, contó hasta seis sabañones que picaban lo suyo. Qué malos que eran algunos bichos, primero te picaban y luego te seguían picando aunque ya no estuvieran presentes.

De vuelta a casa, paró a comer en el restaurante de la esquina, donde le dieron platos normales, pero llenos, sin adornos y baratos. La cuenta ascendía a diez euros, que pagó sin dejar propina.

En su casa emitían un programa por televisión en el que hablaban de platillos volantes y cosas por el estilo. Le agradaba oír esas cosas, aunque no creía en ellas, cómo iba a existir vida inteligente en otros planetas.

Al día siguiente, fue a trabajar como tenía costumbre, su jefe la propuso para un ascenso, pero Dorita, que era muy humilde, dijo que no le parecía bien, que otras compañeras estaban mejor preparadas que ella y lo dijo con tal convencimiento, que su jefe le tomó la palabra, proponiendo el ascenso a otra.

Nada más salir del trabajo, fue derecha a su casa, allí se encerró y no quiso ni contestar al teléfono.

Las vacaciones de Dorita

Cuando Dorita y su hija preparaban la maleta para irse de vacaciones, fue cuando se enteró que también iría su novio. María aseguró que ya se lo había dicho, pero Dorita no recordaba cuándo. Ahora sus planes ya no eran lo mismo, ya no podría disfrutar de la compañía de su hija, otro lo haría por ella. En fin, los sacrificios de los padres.

A las ocho de la mañana las sorpresas continuaron, pues, el novio de María, no era el que ella conocía, era un tipo lampiño, de unos veinte años, que se había afeitado la cabeza y que casi no tenía cejas, lo cual le confería un aspecto ovoide. En ningún momento les echó una mano, ya en la calle, se sentó sobre su moto como lo hacían las Amazonas y balanceando los pies le recordó por unos momentos a un personaje de Alicia en el país de las maravillas.

Con la fresquita emprendieron viaje hacia Valencia, donde les esperaba la playa y sus alegrías. Poco a poco su velocidad empezó a menguar, hasta el punto de tener que ir en segunda, debido a una caravana de pocos kilómetros para salir de la ciudad. Así estuvieron durante cinco horas, fuera ya de Madrid por Cuenca aproximadamente. Entonces su hija que iba atrás con el novio empezó a dar rienda suelta a sus instintos básicos y Dorita no supo si debía decirles algo o *permitir*, pues, ya se sabe, hay que ser amigo de tus hijos. Se acordó de su Ex y de cómo le había costado un gran sacrificio hacerse de nuevo con la confianza de su hija, cualquier enfado de María era exteriorizado en una llamada a su padre y deserción de la casa materna por la paterna, por lo que decidió hacer que no veía, aunque sí se oía.

Después de diez horas de viaje, llegaron al pueblecito de la costa valenciana, lo miraron con alegría aunque estaban realmente cansados. Fueron directos al encuentro del apartamento, que rápidamente les mostró su dueño.

A solas los tres, Dorita dejó la maleta en la habitación que consideró sería para ella, pero se le antojó a su hija, ya que la iba a compartir, por lo que Dorita se tuvo que ubicar en un pequeño cuarto, con una pequeña ventana. Aunque sólo se tumbó un momento, se quedó dormida, despertando a las diez, cuando ya las sombras cubrían el horizonte. Se dio cuenta que la pareja se había marchado, bueno, era de esperar, salió a la terraza y disfrutó de la vista del mar, que le permitían los faroles del bello paseo. Le entró añoranza de tiempos mejores, pero, lo olvidó, se preparó una cena frugal y fue derecha a su dormitorio y en cuestión de un minuto, ya se había quedado dormida.

Con ganas de disfrutar, Dorita fue a la playa, la seguían su hija y el pelón con un bostezo detrás de otro. Allí se encontraron con un espectáculo difícil de olvidar, miles de personas atestaban el lugar. Dorita ya tenía experiencia, pero, se había dormido ese primer día más de la cuenta. Oteó de acá para allá y llegó a la conclusión que en aquella dirección había hueco. Allí se dirigieron y qué encontraron, que otro se les adelantó. Al final coger sitio iba a ser cuestión de sagacidad. Así que Dorita volvió a examinar el gentío y cuando volvió a ver hueco, pues, uno se iba en esos momentos, logró aparcar allí, y rápidamente como si reclamase un territorio, clavó la sombrilla, que enseguida abrió delimitando así su espacio vital. La pareja llegó después y como dos zombis se dejaron caer sobre unas toallas que oportunamente había dispuesto Dorita. Allí sentados, a veces se veía el mar, aunque era el transitar de unos para acá y otros para allá, lo que más abundaba. Por todas partes cuerpos de niños, jóvenes y viejos se ponían de un lado a recibir los rayos solares y de otro para tostarse uniformemente, luego cuando ya habían acumulado suficiente calor, se iban a bañar. Dorita no iba a ser menos, así que fue a darse un chapuzón, sola, ya que los tortolitos habían vuelto a darse el piquillo.

Con un flotador en la cintura, pues no nadaba bien, Dorita saboreó el salitre del mar cuando algunas olas le pasaron por encima, oyó que había medusas y hasta le pareció ver sombras sospechosas flotando por ahí, pero, qué demonios, estaba de vacaciones y había que disfrutar.

Cuando volvió, la pareja se había marchado y su terreno había sido hábilmente usurpado con el viejo truco de esparcir las pertenencias para captar terreno ajeno. Esto no inmutó a Dorita que ya se había visto en años anteriores en situaciones parecidas y con el mismo disimulo, como si no fuera con ella, fue dándoles con el pie hasta sacarlas de su demarcación.

Allí sentada empezó a reírse viendo aquellos cuerpos de mujeres como si fueran una fábrica de neumáticos, estaban las michelines, las pirelli con sus enormes pechos, las goodyears embarazadas, las continentales, tan morenitas ellas y hasta las recauchutadas. Mientras se reía para sus adentros, una jovencita que tenía cerca la observaba a ella con cara de asco, pensando si se pondría ella a sí de horrible cuando llegase a esa edad.

La otra parte de las vacaciones consiste en ir de tapas, raciones de pescaditos, bebidas refrescantes y alegría, mucha alegría alrededor. Así Dorita comió y comió frituras y más frituras, cogiendo en pocos días algunos kilos. También cogió otra cosa, pero procuró no comentarlo con su hija, una mañana fue a la farmacia a pedir algo para la descomposición y cuando no la veían, pues había que tomarlo en las comidas se echaba un par de pastillas.

También fue a los mercadillos donde compró cosas que no necesitaba, pero, estaba en vacaciones.

Por las noches, pasaban motoristas hasta altas horas de la madrugada, también se oía la música del chiringuito que tenían más cerca y las juergas de los vecinos, como si las pareciesen fuesen de papel y como por las mañanas tenía que madrugar para coger buen sitio en la playa, empezó a mostrar ojeras, que no vio, pues, estaba en vacaciones y eso no importaba.

Allí hizo amistades nuevas Dorita, con un matrimonio, que además, vivía en el mismo barrio; qué pequeño que es el mundo. Al caer la tarde iban a pasear, se contaban sus cosas, y lo bien que estaban allí, fuera del agobio de Madrid, luego se despedían y cada cual iba a su nido.

Desde la pequeña ventana de su dormitorio, Dorita no podía ver el mar, ya que daba a un callejón, donde algunas noches, jovencitos drogados gritaban y orinaban y como estaban en un primer piso lo oía todo y cuando cerraba la ventana para dar un respiro a los oídos, resulta que se cocía. Aún así, las vacaciones eran estupendas, con un gran ambientazo, todo el día rodeada de gente.

La parejita no le dio mucho problema pues, a la semana de estar allí, parecía como si se hubieran enfadados y su hija se volvió más cariñosa con ella y el pelón marchó algunos días por la noche y volvió luego dando traspiés, a juzgar por la mesilla que rompió al caerse encima.

La vuelta ya no fue tan agradable, el recuerdo de los días pasados pesaba, así que apenas hablaron por el camino y la pareja tampoco tuvo ganas de dar rienda suelta a sus instintos, así Dorita pudo conducir con más esmero.

Tres días después se encontraba en la escalera con una vecina, a la que contaba lo bien que había pasado las vacaciones, la buena comida, las playas, las paellas y lo bien que se dormía por las noches.

Llegó Dorita a su piso, se quitó los tacones y se echó en la cama. El silencio era denso, pues su piso daba a un descampado por el que no transitaban los automóviles y allí se tumbó en un sillón, pensando en lo bien que lo había pasado en vacaciones.

Las Navidades de Dorita

De nuevo habían vuelto las Navidades y Dorita, en una cafetería del centro de la ciudad, miraba por la ventana, aunque era de día, se veían claramente los adornos que el Ayuntamiento colgaba por doquier en estas fechas, su expresión tenía una extraña mezcla, entre tristeza y añoranza. Tristeza porque al pasar otro año, también su edad aumentaba y añoranza, de cuando era niña. Le sacó de sus ensoñaciones el camarero, con su taza de café y su donut, fue entonces que se percató tenía un agujero en la media de la pierna izquierda. Lo observó con más detenimiento y vio que su tamaño sería como el de una moneda de cincuenta céntimos, pero lo peor, es que siendo las medias negras, resaltaba mucho. Aunque tenía las piernas debajo de la mesa, las cruzó y se dispuso a disfrutar de su merienda. Nada más terminar se recriminó haber cogido una falda tan corta y además roja, ¿qué podía hacer?. A grandes males, grandes remedios, -se dijo-, y marchó al aseo. Cuando volvió llevaba la satisfacción escrita en su cara.

Por la calle mucha gente la miraba y algunos contenían la risa, pero Dorita no se daba cuenta, su problema había sido solucionado con gran inteligencia, en el aseo, se quitó la media.

Fue a una tienda especial a empeñar una sortija de oro con rubí incluido. Cuando el dueño le ofreció una suma, Dorita se sintió muy contenta, ya que pensaba le iban a dar menos. Al salir, el dueño miró las piernas de Dorita con lastima y pensó que para en esas fechas ya había hecho su buena obra.

Dorita se encontró un enorme Belén y allí estuvo un buen rato mirando, sin darse cuenta, su mente se fue tiempo atrás, al momento en el cual sus hijos eran pequeños, a los que podía abrazar y decir lo que debían hacer, qué encantadores que eran entonces. Ahora sus hijos tenían ideas propias, María ya cumplió veinticuatro y Antonio veintidós, precisamente había empeñado el anillo porque necesitaba dinero para la cena de Navidad. Dorita había dispuesto que sus hijos fuesen con sus respectivas parejas, pues, sabía que ambos, como si se hubieran puesto de acuerdo, estaban al borde de la ruptura, así ella haría su buena obra para estas Navidades.

Aquella tarde estaba viendo una película sobre la vida de Jesús que tenía grabada desde el año anterior, en ese momento la pecadora a punto de ser lapidada por el pueblo es salvada por Jesús, que

dice la famosa frase de: ¡Quién esté libre de pecado que lance la primera piedra!. En ese momento sonó el teléfono, Dorita paró la grabación y se enjugo unas lágrimas que ya corrían raudas por sus mejillas.

Era Josefa, una amiga y compañera de trabajo. Después de un, *qué tal estas, todo va bien y hace buen o mal tiempo*, entraron en materia. Josefa se quejaba de una compañera común, una tal Luisa, que no había sido capaz de realizar un trabajo para ella, no colaboraba cuando se lo pedían y además no tenía clase. Eso, eso, dijo Dorita, no tiene clase y en su mente recordó el abrigo de pieles que tenía la tal Luisa y que ella envidiaba. De ahí fueron animándose y colocando la situación a conveniencia, de tal forma que, la tal Luisa, sería lo peor que jamás había parido madre. Después, volvieron los saludos y se despidieron, entonces Dorita volvió a conectar la película allá donde la había dejado, sufriendo ante la injusticia que el pueblo hacía con la mujer adúltera.

Con el dinero en el bolsillo, aunque sin anillo, Dorita fue a un supermercado y consiguió llenar todo un carro, se gastó cuatrocientos euros sólo en comida para la cena que pensaba dar a sus hijos en Navidad. Comprar era maravilloso, cogía esto, agarraba aquello, a veces leía la etiqueta, otras sólo compraba porque el envase era bonito. Al igual que ella había por allí mucha gente gastando dinero, sus expresiones eran como tensas, pero alegres, podían comprar y eso, era algo muy importante.

Cuando llegó a su casa vio que no le cabía todo en el frigorífico, así que dejó lo que sobraba en la alacena. Se había gastado tanto dinero por comprar angulas, percebes y caviar. Había adquirido esos productos tan caros, no por sus hijos, ya que no les gustaba, sino por sus parejas.

El día de Nochebuena Dorita volvió a pasear por el centro y esta vez lo hizo por la tarde, cuando ya la noche dejaba ver las luces de escaparates y los múltiples decorados. Se sentía el ambiente, era fantástico, oía la risa de los niños con algún juguete entre manos, de los adultos contemplando los artículos de las tiendas. Qué alegres que estaban todos, eran fechas muy señaladas, en las que se reúne la familia y en la que puedes permitirte comprar un poco más de la cuenta, ¡Ah! también, era la fecha del nacimiento de Jesús. Con ese estado de ánimo Dorita se sintió altruista y buscó un pobre para darle un billete de diez euros, iba a ser espléndida.

Aunque dio varias vueltas no encontró ningún mendigo, era algo muy extraño, pues en esas fechas ganarían más de lo acostumbrado. A cabeza no hay quien me gane, -se dijo- y fue recorriendo una por una las calles más concurridas, pero nada, que no veía ningún pobre, entonces, allá a lo lejos, casi como una sombra gris vio uno. Apresuró el paso y cuando ya sacaba el monedero vio que aquel pobre se ponía en pie y se marchaba. Dorita, guardando su dignidad aceleró el paso hasta

llegar a su lado y entonces con una amplia sonrisa sacó su billete y se lo pasó cerca de la cara al mendigo, luego con voz satisfecha le dijo: *Es para usted*. El mendigo se detuvo un instante, miró el billete y a Dorita, luego le respondió: *Mi horario de trabajo ya ha finalizado, si quiere vuelva mañana, ya sabe donde pido*. Dorita se quedó estupefacta, se había molestado tanto rato buscando un pobre y ahora ni siquiera se dignaba a cogerle su billete, ¡pero bueno!, en qué mundo vivimos. Ese pobre no sabía con quien se las estaba jugando, así que Dorita le cogió por la manga de su raído abrigo y le dijo: *Usted es un pobre, así que tiene que coger limosna. Sí señora, -le respondió- soy pobre, pero también tengo derecho a una jornada laboral de ocho horas, ¿no le parece a usted?*. Desasiéndose, el mendigo se metió en una cafetería, saludó al camarero con mucha familiaridad y fue derecho a la parte de atrás, quizá al aseo. Atónita quedó por unos momentos sin saber qué hacer, la sacó de su estado un conocido, se contaron unas cuantas cosas y después cada uno marchó por su lado. Dorita que apenas se habría alejado unos metros de la cafetería donde entró el pobre, vio salir de allí a un hombre muy bien vestido, en seguida lo reconoció, pues Dorita tenía grandes dotes de observación, talento adquirido a lo largo de su vida buscando defectos ajenos. ¡Si señor! Ahí estaba su pobre. Irritada le siguió y sin que el otro se percatase metió su mano con el billete en el bolsillo de su flamante abrigo, justo en ese instante, una mano fuerte la atenazó por detrás y al tirar de la mano de Dorita que salía de bolsillo ajeno todavía con el billete en la mano, fue suficiente para que el policía la arrestase. Para qué contar aquí el vocabulario que esgrimió Dorita, mejor dejémoslo pasar.

Ya en la comisaria, el asunto se arregló gracias a que los polis conocían las costumbres del falso pobre.

Un poco aturdida, salió Dorita a la calle, el fresco la espabiló de nuevo y viendo los brillos de las calles, decidió no amargarse con el asunto del pobre. Fue caminando sin rumbo, hasta que una Iglesia le llamó la atención. Abrió la puerta con precaución y oteando su interior vio que no daban ninguna misa en esos momentos, así que pasó y en uno de los bancos se acomodó. Era tal el silencio que allí había, el olor a incienso y el calorcito que sin darse cuenta se quedó dormida. Aunque Dorita no sabía que roncaba, lo cierto es que lo hacía y muy bien, a juzgar por la cara de todos aquellos que se vieron perturbados en sus oraciones. Por su parte Dorita debía de estarlo pasando bien, ya que una sonrisa iluminaba su rostro. Veamos dentro de su ser qué está pasando. Ahí está Dorita como flotando, se siente muy bien, en realidad se siente como Dios, pues, eso es precisamente lo que está soñando, que es Dios. Se vio a sí misma grande y poderosa acercándose a un mortal allí mismo en la Iglesia, primero se le apareció por un lado, pero como ese hombre estaba arrobado en sus peticiones no la vio, por lo que Dorita en su papel de Dios se le puso de frente y

con una mano en la cadera y la cabeza bien alta se hizo ver lanzando un gran brillo que deslumbró a este hombre.

-¿Qué deseas mortal?. Eso de mortal lo acentuó Dorita de manera especial y sintió al hacerlo un respingo de satisfacción.

-Quiero, si no es mucho pedir, que me toque la lotería.

-Pues sí es mucho pedir. A ver, ¿por qué quieres que te toque la lotería?.

-Por tener más dinero, ¿por qué iba a ser sino?.

-No hay que ser avaricioso, le regañó maternalmente Dorita.

-No lo soy, sólo que tengo muchas deudas y ya no sé que hacer para pagarlas.

-Gasta menos.

-Claro, eso lo dice su Grandiosidad porque lo tiene todo.

-Lo tengo todo porque no necesito nada, así que empieza a espabilar si no quieres que un día me enfade y te tire un rayo.

Entonces el hombre aquel haciendo gala de verdadero carácter histriónico le soltó las desgracias de su vida y de cómo había llegado a una situación tan penosa. Poco a poco Dorita se fue ablandando y a punto estaba ya de concederle su petición, cuando cierta avaricia que Dorita juraría no tener, vino a instalarse en su alma, así que hizo un pacto con aquel señor y si le concedía el premio gordo de la lotería, debían repartirlo a medias. El hombre, ante tanto brillo y viendo que no ablandaba a DoriDios, aceptó. Dorita le dio su palabra con un amén y se ocultó a su vista, así vio salir contento a ese humano, también ella se alegró, se vio a sí misma gastando aquel dinero, haciendo obras en la casa, o mejor aún, comprando una nueva, viajando a Cancún y con un coche deportivo, chófer criados.....entonces se percató que el dinero no le iba a llegar para tanto, así que pensó sería mejor quedarse con tres cuartas partes, o tal vez con todo, a fin de cuentas, ella era Dios y podía hacer lo que le daba la gana, ¿no?. ¡No!. Se oyó esta exclamación cerca de la oreja de Dorita seguida de: *se puede dormir dentro de la Iglesia*. Iba Dorita a decir a aquel sacerdote sí sabía con quien estaba hablando, cuando se vio a sí misma, tal cual era y avergonzada por las miradas ajenas se marchó.

En la calle se preguntó por qué habría tenido un sueño tan tonto y más aún en una Iglesia, si ella no creía en Dios, bueno, había dejado de creer en EL desde que tuvo un mal asunto, precisamente con un billete de lotería premiado que perdió.

El día señalado llegó y a las ocho de la noche apareció Antonio con su novia. Luego media hora más tarde llegó María, también con su pareja. María era delgada y alta, mientras que su novio era gordito y bajo; además, María era muy dada a fantasear y su pareja todo lo contrario, parecía un hombre muy terrenal, en realidad más parecían Doña quijota y Sancho pinza, lo de pinza porque

tenía éste un pin en una ceja. Antonio era fuerte y de estatura media, aunque parecía muy alto frente a su novia, que era rechoncha y con cara muy redonda. Pensó Dorita que unos hijos como los suyos no sabían elegir, que se conformaban con poco, ya que sin duda habrían podido optar por hombres como el Brad Pitt ese, o una Julia Robert para él. Eso era lo que pensaba Dorita, claro que las cámaras fotográficas mostraban otra cosa, una María con aspecto de aguilucho con esa nariz tan picuda y curva, de ojos muy juntos y pequeños, mientras que el tal Antonio, aún siendo joven estaba doblado por los hombros como si llevase un gran peso encima, tal vez su desproporcionada cabeza a la cual se unía una boca tan enorme que podría comer una rodaja de sandía de un solo bocado.

La velada empezó bien, Dorita se sintió muy contenta, había logrado que no discutieran, y hasta parecía que reinaba cierto cambio anímico, al menos, eso sí lo reconoció Dorita, en las parejas de sus hijos, que estaban afables y educados. Ciertamente es, que a nadie de los que allí había gustaba el caviar, los percebes y las angulas, pero, qué iban a hacer, ya que Dorita se había gastado tanto dinero tuvieron que comer y por cierto mucho, hasta tal punto, que sus almas gritaban pidiendo bicarbonato, pero, por educación se contuvieron.

Después de hablar de cosas como lo que se debería hacer y no se hace y lo malo que eran los políticos y los egoísmos de unos y las cosas raras de otras, la soñolencia hizo estragos en los comensales y con los estómagos aún repletos, aunque hubieran pasado ya cuatro horas, marcharon.

El silencio volvió a casa de Dorita que agotada y casi sonámbula del sueño que tenía, se fue a la cama. Una sonrisa se dibujaba en su rostro, había logrado que reinase la alegría de nuevo en la vida de sus hijos, sí, había sido una buena idea invitarles a esa cena juntos, pues, era la primera vez que de esta manera se unían y eso, había sido mérito suyo. Satisfecha recordó que en una de las ocasiones que tuvo necesidad de ir al aseo, como estaba cerca la cocina y la puerta abierta vio a la otra pareja acaramelados besándose. De repente, la sonrisa beatífica de Dorita cambió y la boca se plegó como si tuviera vergüenza de mostrar los dientes. Dorita pensó que su hijo no llevaba un jersey encarnado, era el novio de María el que lo llevaba y la joven que estaba con él, tenía una blusa verde oscura, como la pareja de Antonio.

¡Qué tengas felices sueños Dorita!